

LAS FÓRMULAS FARMACÉUTICAS EN LA ANTIGUA NOVELESCA

Isabel Muñoz Castillo

La antigua novelaría, en general, siempre que ha cuadrado a sus relatos, ha introducido en los mismos, como paliativo a los males diversos de sus ficticios personajes, remedios de variada índole, siempre de los más en boga en las respectivas épocas de aquéllos, como un elemento más, sumamente representativo de los conocimientos que sobre la materia tenían los respectivos autores, y cuyos nombres, tan estrambóticos a veces, nos causan tanta admiración que, con frecuencia, los interpretamos tan irreales y quiméricos como sus referidos personajes.

Alargaría en demasía esta contribución informativa si hiciera una relación, aunque fuera sucinta, de la multitud de «simples», elixires, ungüentos, aceites, polvos, mixturas, bálsamos, etc., que con sus nombres y apellidos podríamos recoger tras el somero repaso de los ejemplares más sobresalientes de la novela española de los cuatro últimos siglos.

Sin embargo, a poco que profundicemos en esta cuestión y descendamos, aún sin llegar a minuciosidades, al conocimiento de los pasos o mecanismos laboratoriales en virtud de los cuáles llegaban sus descubridores o promotores a la concreción de estas mágicas fórmulas, y que en la mayoría de los casos no podremos encontrar sino repasando cuidadosamente, casi en plan de barrido, los documentos de los más variados tipos que nos pueden facilitar los diversos Archivos a nuestro alcance, habremos de convencernos de que lo que en un principio nos pareciera una ficción propia del escritor, corresponde a una auténtica realidad del momento farmacéutico en que éste redactaba su obra.

Concretándonos, de momento, a las mixturas preparadas para el cuidado de la piel y sus diversos estratos más o menos lesionados, tanto desde el punto de

vista traumático como a consecuencia de la acción de otros elementos extraños, incluidas las infecciones y parasitosis hasta cada momento conocidas, voy a dedicar mi atención a los «bálsamos» y «aceites» más en boga, de los que, de los primeros, podríamos citar el vulnerario y el de Terebent (1), los de copaiva y de María (2), los de malatós, católico, peruviano negro, anodino y de Oppodeldoc (3), el de Guatemala (4), y, finalmente, los llamados samaritano, verde, potencial, de calabazas, apostolorum, de médula de vaca y de Fierabante (5). Y de los segundos, para no hacer muy extensa su relación, a la mixtura de aceite de bellotas y savia de coco, de nuestro notable farmacéutico Don Pablo Prolongo, «*que por sus admirables propiedades higiénico-medicinales...contiene la caída del cabello...reproduce el perdido, oculta y previene las canas...y limpia el cráneo de caspa y erupciones...*»; al ungüento de Holloway, «*que cicatriza toda clase de llagas y ulceraciones...remedio infalible a toda especie de tumores...*»; y, finalmente, al aceite de Aparicio, mixtura oleosa ideada, al parecer, por un tal Aparicio de Zubia, allá por la mediación del 1.500, y que Don Miguel de Cervantes refiere en su nunca bien leída y menos aún meditada obra dedicada «*al gran Don Quijote*».

Concretándonos a esta última fórmula, la «*recetta y memoria de las cosas necesarias para hazer este Aceyte y la cantidad de ellas y de la forma que se ha de hazer*», según la que nos facilita Don Manuel Muñoz (6), es como sigue:

- Tres libras de aceuye bueno y añejo.
- Media azumbre de vino blanco añejo.
- Media libra de encienso molido e cernido por cedazo de cerdas.
- Dos libras de trementina de veta, e si no la hubiere, de la clara.
- Media libra de hipericón, yerba conocida.
- Cuatro onzas de cardo de benedicto.
- Cuatro onzas de valeriana.
- Seis onzas de trigo limpio grano a grano.

Relacionados los ingredientes de este linimento, el procedimiento a seguir para lograr su confección final, era como sigue:

«*Estén las yerbas y el trigo en infusión en el vino seis horas, y después cuézanse en el aceyte a fuego de carbón en una olla vidriada que puedan caber dos partes más, y cuando el vino estuviere consumido, que se verá si echando una gota de aceyte en el fuego ardiere sin respander, sáquense las yerbas colándose el aceyte por mediana espresión, y luego échese la trementina en el aceyte y cueza hasta que se incorpore, y apártese del fuego y échense los polvos del encienso y*

vuelva al fuego y se le dé un leve fervor y dexarlo enfriar y échenlo en una redoma abajo vidriada».

El traer esta fórmula hasta aquí, así como su procedimiento de elaboración, no tiene por objeto repetirla, sino poner en evidencia una llamativa cualidad de ciertos cereales, relativa a su influencia sobre la piel, ya conocida entonces, y que, al parecer, se tiene como un descubrimiento de los laboratorios de cosmética actuales. Efectivamente, tanto el trigo como la avena, muestran una cierta acción hidratante, emoliente, reblandeciente y distensiva suaves de la capa córnea de los epitelios externos, suficientes, cuando actúan en la proporción conveniente y durante el tiempo adecuado, para permitir el paso a los estratos inferiores de la epidermis de los demás elementos beneficiosos de que puedan estar constituidas las fórmulas en los que intervienen. Dudo que Aparicio de Zubia conociera los mecanismos íntimos por virtud de los cuáles ciertos principios de estos granos proporcionaban una beneficiosa influencia sobre la piel. Pero de que la ejercían, por supuesto que sí.

NOTAS

- (1) A.H.P., Leg. 3.714, Fol. 319.
- (2) A.H.P., Leg. 3.736, Fol. 1.597.
- (3) A.H.P., Leg. 3.751, Fol. 404.
- (4) A.H.P., Leg. 4.309, Fol. 327.
- (5) A.H.P., Leg. 4.329, Fol. 2.108.
- (6) Revista «MÁLAGA», Revista del Colegio Oficial de Médicos de Málaga, año 1.989, nº 24.